

LA BARCELONA TAURINA. DE LOS DÍAS DE GLORIA AL FUTURO INCIERTO

Salvador Boix*



e podría decir, sin equivocarnos apenas, que hoy la corrida interesa poco a los barceloneses. O que interesa mucho a pocos barceloneses. Pero si nos remitimos a la historia de la ciudad en los últimos ciento cincuenta años habríamos de afirmar rotundamente, sin ningún riesgo de equivocarnos, que la capital de Cataluña ha sido durante décadas la ciudad más taurina del mundo, la que celebraba más espectáculos, la que convertía a los toreros en figuras, la que daba y quitaba títulos en esto de la tauromaquia.

Santiago Rusiñol escribía en sus *Coses viscudes*:

«Hemos tenido la gran honra de almorzar al lado del Gallo. Dejándonos de modestias, que hay momentos que no vienen al caso, podemos decir que lo hemos tenido cerca, que lo hemos podido tocar, oír, darle la mano; lo que desearían el ochenta por ciento de los españoles y el noventa y ocho por ciento de los catalanes que llenan, hasta los días de trabajo, las tres grandiosas plazas de la laboriosa Barcelona.

Nos ha dicho, y ello nos llena de alegría, que hoy en día Barcelona es la ciudad de nuestra España que más exalta su ofi-

* Músico y coautor, con Jaume Boix, del libro *Por los adentros. Un viaje por el mundo de los toros* (2002).

cio; que tiene más afición a los cuernos y que incluso deja en los días laborables lo que antes se llamaba San Trabajo para ir a aplaudir un “pase de pecho”, una estocada hasta los dedos o unas verónica con los pies juntos. Y nos ha dicho que quería tanto a este público que deja su tareas para verlo a él (...) de luces, que si no fuera andaluz de nacimiento querría ser hijo de Cataluña, porque cree que en ninguna parte del mundo se estiman más a los hombres que valen (...)»

Seguramente tanto Rusiñol como Rafael Gómez Ortega, *El Gallo*, matador artista llamado también “El Divino Calvo”, debían haber regado la comida con buenos vinos y de aquí la euforia de la narración de aquel encuentro –celebrado en Madrid el año 1913– que, por otra parte, pone de manifiesto que Barcelona vivía a comienzos del siglo XX una época de gran vigor taurino.

BARCELONA, CIUDAD TAURINA

Desde 1834, cuando se inauguró El Torín de la Barceloneta, la ciudad ha tenido espacios estables para la tauromaquia, con más o menos repercusión popular según las épocas y las circunstancias sociales, políticas y culturales de cada momento histórico. El hecho es que por Barcelona han pasado todos los grandes toreros de la época moderna, desde Bombita, El Guerra, Lagartijo y Frascuelo en la Barceloneta, a finales del siglo XIX, hasta la llamada edad de oro del toreo, con Gallito y Belmonte a la cabeza en las primeras décadas del siglo XX; y Domingo Ortega, Manolete, Arruza, Chamaco, los Bienvenida, Julio Aparicio, El Viti, Paco Camino, Antonio Ordóñez, Ojeda y José Tomás desde los años cuarenta hasta nuestros días, tanto en Las Arenas como en la Monumental.

Barcelona fue, entre 1954 y 1965, la primera plaza del mundo en número de corridas, hasta llegar a programar el 30 % de los espectáculos taurinos del mundo. Hoy mismo, pese a vivir sus horas más bajas, la plaza de toros Monumental de Barcelona acoge todavía a los máximos exponentes de la tauromaquia contemporánea. Ahora, sin embargo, ya no hay toros en días laborales como en otros tiempos, de manera que no hay que dejar de



Fig. n. ° 9.- *Rafael Gómez Ortega, el Gallo*, dando un pase del «celeste imperio» en Barcelona.

trabajar para asistir a la corrida. De los 70 espectáculos de hace medio siglo se ha pasado a un programa de 25 a lo largo de la temporada, que empieza por Pascua y acaba por la Merced, con toros cada domingo. Tampoco hay tertulias donde puedan discutir acaloradamente los partidarios de uno u otro torero, porque no hay toreros de los que hablar con pasión, y afición tampoco queda, a excepción de un reducto medio escondido y sometido a las presiones del mundo globalizado de lo políticamente correcto que impera en nuestra cultura.

La tauromaquia tiene un futuro incierto en este mundo del *playback*, el plástico, las babuchas y el perro de compañía, pero la vida taurina de Barcelona, por mucho que la mala fe y los intereses del poder político lo hayan querido ignorar a menudo en nombre de una supuesta recuperación de la identidad nacional de Cataluña, ha sido una realidad presente en la ciudad durante más de cien años.

BALANÁ, UN NOMBRE CLAVE

Desde 1925 la empresa de las plazas de toros de Madrid explotaba también las tres plazas de Barcelona. En dos años aquel los empresarios perdieron tanto dinero que decidieron, de acuerdo con los propietarios, traspasar el contrato de explotación de las plazas a Pedro Balañá Espinós. En poco tiempo, Balañá compraría la Monumental y, aplicando criterios empresariales innovadores en la gestión del negocio taurino, convertiría a Barcelona en la capital taurina del mundo.

Aquel año de 1927 la temporada empezó el día 13 de febrero. Pedro Balañá Espinós, Don Pedro, anunció para la inauguración cinco novilladas seguidas, con el novillero Vicente Barrera todas las tardes en el cartel. Aquella programación, tan diferente a la habitual en la época, fue toda una declaración de intenciones del incipiente empresario que había de revolucionar la globalidad del negocio taurino en los años siguientes.

El invento, consistente en repetir los toreros que hubiesen interesado al público tantas veces como hiciera falta, hasta que el «respetable» –soberano en los toros como en ningún otro espectáculo– decidía que ya tenía bastante, lo aplicó el viejo Balañá al negocio taurino a lo largo de cuarenta años con un éxito y una repercusión popular sin parangón en ningún otro espectáculo de la época. Los toreros debían esforzarse en quedar bien, interesar al público y ganarse así la repetición que Balañá

les aseguraba en la corrida siguiente. Hay que decir también bien claro que la oferta de ocio de entonces no era la de ahora. No existían ni el seiscientos ni las segundas residencias, ni el cine tenía la popularidad de épocas más actuales, ni se había inventado la playa. En la primera mitad del siglo XX, junto con el fútbol, los toros eran la gran diversión de los barceloneses y el público respondía masivamente a las expectativas de un gran espectáculo con toreros nuevos que garantizaban una entrega absoluta.



Fig. n.º 10.- *Pedro Balañá Espinós*, Don Pedro, fundador de la dinastía de empresarios que desde 1925 gestiona el negocio de los toros en Barcelona.

Y si había temporadas con sequía de toreros con tirón popular Don Pedro se inventaba acontecimientos únicos y singulares que llenaban la plaza de bote en bote. Como ejemplo, una corrida extraordinaria inventada por Balañá en la cual los seis primeros toreros del escalafón se dieron cita en Barcelona el 22 de junio de 1942. Doce toros con Marcial Lalanda, Vicente Barrera, Juanito Belmonte, *Manolete*, Pepe Luis Vázquez y *Gallito*. Anunciado como «¡El mayor alarde empre-

sarial! ¡Sublime acontecimiento artístico!» Y un lleno absoluto en las gradas.

Esta forma de regentar el negocio de Balañá al servicio del espectáculo, incentivando la novedad y dando lugar al acontecimiento, fue la clave para mantener muy alto el interés de la sociedad barcelonesa por el espectáculo taurino durante más de treinta años. Un interés que tuvo unas puntas de audiencia espectaculares coincidiendo con la presencia de grandes figuras que atrajeron y cautivaron al público, las cuales dieron lugar a las épocas de impacto popular más intenso de la tauromaquia en Barcelona: los años cuarenta, *Manolete*, y los años cincuenta, Chamaco.

MANOLETE, UN ÍDOLO

Manuel Rodríguez, *Manolete*, debutó en Barcelona el primer domingo de octubre de 1939 y hasta 1947, año de su trágica muerte en la plaza de Linares –también regentada por Balañá–, toreó 72 tardes en Barcelona. Muchas más que en Madrid, en Sevilla, en México y en su Córdoba natal. *Manolete* fue el ídolo de Barcelona, siempre al amparo de la gran visión del negocio de Don Pedro Balañá Espinós, aficionado a los toros, pero, antes que nada, un consagrado negociante fuera de categoría. El año 1942 *Manolete* se había peleado por cuestiones económicas con el señor Eduardo Pagés, catalán y empresario de las plazas de toros más importantes de España. *Manolete*, vetado por Pagés, no podía actuar en casi ninguna parte... excepto en Barcelona, la plaza de Balañá, que le anunció aquel año 18 tardes entre los meses de julio y agosto, cosa que dio lugar al primer fenómeno de masas relacionado con un torero en la ciudad.

Manolete llegaba a Barcelona en el tren expreso. Don Pedro iba a esperarlo con su coche y lo hospedaba en el Hotel Oriente, en La Rambla, en la habitación n. 1. Comía habitual-

mente en el restaurante Glacier y, según explican testigos de la época, era invitado habitual de muchas familias de Barcelona. Con un gran olfato y aprovechando el tirón popular del Monstruo cordobés, Balañá decidió enfrentarse a *Manolete* con el torero mexicano Carlos Arruza. Si *Manolete* representó en la tauromaquia la frialdad del juego con la muerte, la quietud, el valor sereno, el estoicismo y el «senequismo cordobés» –en palabras del admirado Néstor Luján–, Carlos Arruza, luminoso,



Fig. n.º 11.- Manuel Rodríguez, *Manolete*, toreando un miura el 2 de julio de 1944 en la Monumental.

atlético y juvenil, era su opuesto, la otra cara de la misma moneda de la emoción en la plaza. Esta rivalidad despertó el interés de los barceloneses como nunca se había dado el caso. Aquellos dos toreros de enorme personalidad, que es el valor que más ha apreciado siempre el público de toros de Barcelona, llenaron la Monumental cada vez que fueron anunciados, especialmente la temporada de 1945.

El empresario Balañá tenía una costumbre peculiar: si el torero que estaba actuando agradaba al público, lo anunciaba con una pizarra, a la mitad de la corrida, para la función del día siguiente. Eran tiempos en que se podía ir a los toros en Barcelona los domingos, los jueves, los viernes e incluso los sábados desde febrero hasta octubre. Esta costumbre de Don Pedro de sacar la pizarra, naturalmente conocida por los toreros, convertía el espectáculo en un continuo desafío entre los actuantes. En el caso de *Manolete* y Arruza, dio lugar a una anécdota ultrailustrativa del interés que aquellos dos toreros despertaban en el público de la época. Un día de corrida de los dos ídolos de Barcelona, una tarde de gloria para ambos, Don Pedro decidió repetirla como un mano a mano al día siguiente mismo, y así lo anunció en la pizarra al tercer toro. Al salir de la plaza, la gente hacía cola ante las taquillas y las entradas casi se agotaron aquella tarde. Resulta sorprendente ver el cartel anunciando «Hoy viernes 31 de agosto de 1945 a las 5 de la tarde, extraordinario mano a mano (...)»

LA IRRUPCIÓN DEL FENÓMENO *CHAMACO*

La pizarra de Don Pedro, famosa en todo el planeta taurino, vivió otro gran momento en los años cincuenta con la irrupción en las plazas de Barcelona del «fenómeno» *Chamaco*. Desde la muerte de *Manolete*, el público barcelonés había vivido unos años en una especie de duelo por la trágica pérdida de su ídolo y, fruto también de la desorientación estilística de los toreros que quedaron. Grandes carteles de los años 1951 y 1952, con nombres como Martorell, Manolo González o Luis Miguel Dominguín, considerados máximas figuras de la época, no se veían acompañados por más de media entrada en la plaza. Hasta que el día 7 de marzo de 1954 se presentó en Barcelona Antonio Borrero, *Chamaco*, un torero de Huelva, de 18 años, de familia humilde, dispuesto a revolucionar el panorama taurino de la ciudad.

Don Pedro le había prometido como paga los gastos y la repetición si gustaba, que era el mismo trato que ofrecía a todos los novilleros que se presentaban en sus plazas. *Chamaco* toreó aquella temporada de su debut barcelonés en 24 novilladas y obtuvo 33 orejas, 7 rabos y 3 patas. El término más utilizado por la prensa de la época para hablar de él fue el de «fenómeno».

Chamaco fue, efectivamente, un gran fenómeno popular en Barcelona entre los años 1954 y 1960, el único personaje público



Fig. n.º 12.- Antonio Borrero, *Chamaco*, en el momento de tomar la alternativa de manos de *El Litri*, con Antonio Ordoñez de testigo, en la Monumental, el 14 de octubre de 1956.

de aquellos años capaz de hacerle la competencia en popularidad y estima colectiva al propio Ladislao Kubala, culpable de la construcción de un Camp Nou de fútbol en la ciudad. La familia Balañá reconoce que nunca ningún otro torero, y menos aún un novillero como era *Chamaco*, les dio tantos beneficios.

La fiebre del *chamaquismo* hizo funcionar de nuevo a todo trapo la pizarra de Don Pedro, que había llegado a anunciar, a la

mitad de la corrida del domingo, “*Chamaco* el jueves” –sin anunciar ni compañeros de cartel ni ganadería para torear– y agotar las entradas en pocas horas. Tanta era la expectación que despertaba *Chamaco* en Barcelona que en una ocasión, cuando a causa de una cogida *Chamaco* no pudo torear en la corrida en que estaba anunciado, Don Pedro, haciendo uso de una imaginación descomunal, anunció como sustituto de *Chamaco* a un tal Camacho. Tanta gente se confundió que la plaza mostró una excelente entrada. Se ve que el pobre *Camacho*, torero modesto y desconocido, no pudo volver a Barcelona en unos cuantos años a causa de su desastrosa actuación, mientras el vivo de Don Pedro seguía contando billetes.

Chamaco era un torero de formas heterodoxas, con un valor tremendista, que, en extraña comunión espiritual con el público, se jugaba cada tarde la piel en el ruedo. Arrebatado y pasional) como *Manolete* lo había sido en un registro estético opuesto, ambos de personalidad cautivadora, *Chamaco* sedujo, como el cordobés años antes, a toda Barcelona. Viendo el impacto popular de *Chamaco*, el viejo Balañá quiso todavía dar más. Si diez años atrás había enfrentado a Arruza, con *Manolete*, a *Chamaco* le opuso a Joaquim Bernadó, un joven torero de Santa Coloma de Gramanet que practicaba un toreo clásico, de finísimo estilo, perfectamente opuesto al huracán chamaquista.

La rivalidad Bernadó-*Chamaco* estaba servida y dio todo el juego imaginable en la vida taurina de Barcelona, que bullía de nuevo como en la época de *Manolete* y Arruza. Las manifestaciones de fervor chamaquista, cuando la afición en masa lo llevaba a hombros desde la Monumental o Las Arenas hasta el Hotel Comercio de la calle Escudellers donde se hospedaba, las tertulias en Canaletas, las publicaciones de todo tipo recopilando crónicas y entrevistas referentes al torero, eran las expresiones del idílico momento que vivían Barcelona y los toros. *Chamaco* actuó, en 12 años, 178 tardes en Barcelona: 163 en la Monumental y 15 en Las Arenas.

Fueron los años gloriosos de los toros en Barcelona, con peñas taurinas desperdigadas por la ciudad, activas escuelas de toreros, como la fundada por el matador eibartarra establecido en Barcelona Pedro Asauri Paguaga, Pedrucho, que enseñaban el oficio a los toreros catalanes que se abrían paso con suerte diversa: Molina, Espinosa, Patón, Minuto, Montilla, Fuentes y decenas más. Debe reservarse un lugar preferente al gran Mario Cabré, el torero catalán que junto con Joaquim Bernadó más interés fuera de Barcelona.

LA DESNATURALIZACIÓN DEL TURISMO

Si *Chamaco* fue el ídolo indiscutible de los años cincuenta, Don Pedro Balañá Espinós fue un personaje venerado por toreros y aficionados mientras estuvo al frente de las plazas de Barcelona. Su heredero, el señor Pedro Balañá Forts, *Pedrito* en el mundo de los toros, vivió treinta años a la sombra de la brillante gestión de su padre hasta la muerte de aquél, en 1965. Con menos afición, menos imaginación y en circunstancias sociales y culturales sustancialmente diferentes a las de Don Pedro, al señor Balañá le tocó cerrar Las Arenas en 1977, poner butacas de plástico en los tendidos de la Monumental en los años del desarrollismo y luchar con la aparición de un fenómeno desconocido hasta entonces que había de trastornar el futuro de los toros en Barcelona: la llegada en masa del turismo a España.

Los años sesenta, mezclados con la afición autóctona, miles de extranjeros llevados de la curiosidad llenaban las plazas. En pocos años se produjo un enorme incremento del número de espectáculos en todas las plazas de España, que pasó de celebrar 357 corridas el año 1957 a hacer 506 el año 1965, de las cuales 48 tuvieron lugar en Barcelona. Con la irrupción masiva de este nuevo público forastero, que no podía entender los toros y que, por tanto, no podía exigir ni calidad a los toreros, ni pure-

za en las suertes, ni integridad a los animales, el aficionado local se fue encontrando progresivamente en minoría mientras veía cómo aumentaba extraordinariamente el público en los espectáculos. En términos taurinos, la aparición en aquellos años de Manuel Benítez, *El Cordobés* –primer producto del márketing en los toros y también gran desnaturalizador de las esencias de la fiesta–, fue tan nefasta para la tauromaquia como rentable para los bolsillos de los empresarios.

Con el señor Balañá acomodado a los nuevos tiempos y al dinero fácil que dejaba el turismo, la programación de la Monumental abandonó los criterios de calidad y de imaginación de años anteriores. Con el nuevo panorama los aficionados barceloneses, como el de todas partes durante los años setenta y ochenta, fueron arriando velas. Desde entonces, un par de reavivamientos de la popularidad de la fiesta en Barcelona, a modo de últimos coletazos antes de una probable muerte definitiva, nos llevan hasta nuestros días.

El año 1990 Pere Balañá Mombrú, tercera generación al frente del negocio, intentó atraer a la Monumental a los sectores intelectuales y artísticos de la sociedad barcelonesa, en aquel momento alejados de los toros, a cambio de vender una especie de glamour taurino perfumado con moda y un cierto diseño, muy de la época. El cartel de la Feria de Julio de 1990, encargado por Balañá al diseñador Mariscal, queda como testimonio de aquel ingenioso intento empresarial por reintroducir socialmente los toros en Barcelona, que no tuvo éxito, sobre todo por la pobre respuesta artística que ofrecían en aquellos años *Espartaco*, *Litri*, *Finito de Córdoba*, *Jesulín de Ubrique* y toda una pandilla de figuras de cartón que, instalados cómodamente a la cabeza del negocio rosa-taurino, protagonizaron la época más mentirosa de la historia de los toros. La gente *guapa* de Barcelona, que debía crear una opinión favorable a los toros, entraba invitada a la plaza y se volvía a casa sin frío ni

calor después de la corrida. El experimento duró cinco temporadas hasta que Balañá cerró el grifo.

JOSÉ TOMÁS, EL ÚLTIMO HÉROE

Se constataba año tras años la decadencia taurina de Barcelona cuando el año 1998 apareció José Tomás, el último gran ídolo vestido de torero y el último revulsivo para una afición en aquellos momentos muy desencantada. Él, por sí solo, devolvió a la plaza y a la ciudad el interés por lo que sucedía en la Monumental. Corrió por Barcelona como un reguero de pólvora que José Tomás hacía milagros con los toros, que en la Monumental, cuando actuaba aquel torero, la emoción brotaba desatada por las gradas, se paraba el tiempo y la gente, aficionados y diletantes, quedaban embelesados por la contemplación de aquella especie de magia sobrenatural que destilaba José Tomás. Barcelona se enteró del éxito pese a la nula inversión en publicidad por parte de Balañá y pese a la ignominiosa y endémica ignorancia de todo lo relacionado con los toros por parte de los medios de comunicación autóctonos.

En cuatro años, José Tomás devolvió al toreo la emoción, la esencia y la espiritualidad que se habían perdido. Y Barcelona fué su plaza, como había sido la de *Manolete* y *Chamaco*. Para contemplar aquel milagro *tomasista* se congregaban aficionados de todas partes, de Madrid y hasta de Francia. Y, naturalmente, miles de barceloneses de todas clases: intelectuales, artistas, profesionales y gente llana de la calle. Como cincuenta años atrás, la personalidad arrasadora de un torero había calado a fondo en la sensibilidad de la ciudad, siempre a punto para, como decía Rusiñol hace noventa años, «estimar, como en ninguna parte del mundo, a los hombres que valen».

Pero José Tomás dejó de torear en el 2002, y con su retirada el interés popular por los toros ha bajado hasta cotas des-

conocidas. Después de él, tanto en Barcelona como en todos sitios, la tauromaquia contemporánea ha entrado en una grave crisis de contenidos. El espectáculo ha perdido la fuerza para atraer el interés del público actual porque ningún torero ha podido tomar el relevo de la emoción y de la ética de la lucha con el toro que había recuperado José Tomás. Actualmente sólo las corridas enmarcadas en las ferias de ciudades y pueblos alcanzan índices de ocupación y de interés mínimamente sostenibles. No es el caso de Barcelona, dada su singularidad de plaza de temporada y no de feria, en la que históricamente ha interesado el toreo como espectáculo de emoción en sí mismo y no como un acto social.

La ausencia de toreros con un discurso ético y estético solvente, la falta de emoción del toro moderno –más dócil que feroz–, una sensibilidad social –especialmente entre los jóvenes– que repudia la esencia cruenta de la corrida y la presión de la política sobre los toros –que se inicia el año 1988 con la promulgación por parte del Parlamento de Cataluña de la Ley de protección de los animales, sigue en 2002 con la prohibición de la entrada de los menores de catorce años a los toros, continúa en 2004 con la declaración de Barcelona como ciudad contraria a las corridas y culmina en 2005, de momento, con la entrada en el Parlamento de una proposición para prohibir definitivamente el espectáculo en el territorio catalán– son factores determinantes que amenazan la pervivencia de la fiesta taurina en Cataluña.

La Casa Balañá, tal como se la conoce en el mundo de los toros, ha sido protagonista destacada de esta historia. El abuelo la fundó, el hijo la aprovechó y al nieto le ha tocado ver cómo la relación entre su familia, su ciudad y la tauromaquia puede tener más cerca que nunca un final, bien triste o bien feliz, según quien lo explique. Actualmente la Monumental acoge unos dos mil espectadores todos los domingos a lo largo de la temporada (25 funciones de abril a setiembre), exceptuando las cuatro o cinco

corridas que se anuncian con los matadores mediáticos del momento, que reúnen entre cinco y diez mil personas en las mejores entradas. No es poca gente si se compara con la ocupación del teatro o la danza en la ciudad, pero queda claro que hoy estamos muy lejos de lo que había sido el interés generalizado por los toros en Barcelona años atrás.

Pere Balañá, economista moderno al frente de un auténtico imperio del espectáculo en Barcelona, ha decidido intentar



Fig. n.º 13.- *José Tomás*, el último gran ídolo de Barcelona, fue un revulsivo para una afición desencantada.

salvar los muebles y dejar a la deriva de las circunstancias el futuro de las corridas en Barcelona en el siglo XXI. Mantiene la programación de la temporada en el mínimo, exclusivamente por respeto a la tradición familiar, y piensa, sobre todo, en cuál podía ser el mejor destino del solar que ocupa su plaza Monumental, probablemente el trozo de suelo más caro de Barcelona. ¡Si Don Pedro levantara la cabeza!